

*YO FUI EL CONFESOR
DE EVA PERÓN*

Conversaciones con el Padre Hernán Benítez

Norberto Galasso



NOTA ACLARATORIA:	5
INTRODUCCIÓN	7
CAPÍTULO I RECUERDOS DE TULUMBA	9
CAPÍTULO II DEL SEMINARIO A LA CATEDRAL	13
CAPÍTULO III EL PRECIO DE MI TRAICIÓN	17
CAPÍTULO IV EN OCTUBRE DEL '45	21
CAPÍTULO V CON PERÓN Y EVITA	27
CAPÍTULO VI EL VIAJE DE EVA PERÓN A EUROPA	31
CAPÍTULO VII LA RUPTURA CON LA ORDEN JESUÍTICA	37
CAPÍTULO VIII EN FUNCIONES DE ASESOR	45
CAPÍTULO IX EVA PERÓN Y EL DOLOR DE LOS POBRES	51
CAPÍTULO X LA MUERTE DE EVA PERÓN	57
CAPÍTULO XI LOS DESENCUENTROS CON PERÓN	65
CAPÍTULO XI LA CAÍDA DEL PERONISMO	75
CAPÍTULO XIII CESANTÍA Y PERSECUCIÓN	85

CAPÍTULO XIV	
CARTAS DE “LA RESISTENCIA”	93
CAPÍTULO XV	
EL PERIÓDICO “REBELDÍA”	109
CAPÍTULO XVI	
EN TIEMPOS DEL FRONDIZISMO	117
CAPÍTULO XVII	
CATÓLICOS Y MARXISTAS	123
CAPÍTULO III	
CON CAMILO Y EL CHE	131
CAPÍTULO XIX	
“EN LA GESTA LIBERADORA DE LOS OPRIMIDOS”	137
CAPÍTULO XX	
DE JOSÉ HERNÁNDEZ A JORGE L. BORGES	145
CAPÍTULO XXI	
CON EL PUEBLO, EN LA UNIVERSIDAD	153
CAPÍTULO XXII	
EL SILENCIO CÓMPLICE DE LA CÚPULA ECLESIAÍSTICA	161
CAPÍTULO XXIII	
A LATIGAZOS, CON LOS MERCADERES DEL TEMPLO	167
CAPÍTULO XXIV	
LA CRISIS DEL CAPITALISMO	175
CAPÍTULO XXV	
LA MUERTE	183

NOTA ACLARATORIA:

Con el Padre Hernán Benítez conversé muchas veces, en su casa, entre 1990 y 1995, generalmente a solas, a veces, con la presencia de algún amigo común.

De esas charlas quedaron apuntes confeccionados al concluir cada reunión, algunas grabaciones, fotocopias de cartas y de artículos que él aportó generosamente, así como recortes periodísticos, artículos, reportajes. También los testimonios de algunas personas de su amistad como Aída Iurisci y Tito Albavi y adelantos de tipo biográfico que publicó Marta Cichero en su libro “Cartas peligrosas” y en una extensa nota de la revista “Todo es historia”. Este material fue enriquecido con una filmación donde se reportó al Padre, luego televisada en el programa “Siglo XX Cambalache” por Telefé, conducido por Fernando Bravo.

Toda esa información ha sido volcada en este libro, con la correspondiente aclaración de las fuentes.

Confieso que ni el Padre ni yo planificamos este libro, pero sí abordábamos los temas importantes de nuestra historia política, porque queríamos resguardar el testimonio. Él aseguraba, asimismo, que estaba redactando unas memorias, cuyo destino ignoro.

Ahora, decido convertir aquellas conversaciones en un libro en homenaje a ese ser humano maravilloso, a ese revolucionario social que fue, además, uno de mis amigos más queridos.

Por ello, he extremado, en todos los casos, la más absoluta fidelidad a las ideas, sentimientos e incluso estilo del Padre Benítez. Si algo queda por decir o si algo ha sido mal interpretado, la polémica enriquecerá la comprensión de este auténtico cristiano y ayudará a iluminar nuestro pasado, único modo de construir el camino hacia un futuro mejor, que es la manera de ser leales a su lucha y a su memoria.

N.G.

INTRODUCCIÓN

Lo conozco en el verano de 1990, un sábado, al atardecer. Hasta él me conduce Tito, un paraguayo que reparte sus broncas y sus afectos entre epítetos contra el mitrismo y cálidas exaltaciones del héroe de Cerro Corá, uno de esos seres entrañablemente queribles que los países centrales ya son incapaces de generar.

La casa pequeña, con frente de piedra, está situada a pocos metros de la barranca que cae sobre “la Panamericana”: Blas Parera 1039, de la localidad de Florida.

Hasta nosotros llega el rugido de los automóviles, lanzados a tragar kilómetros desde el cercano Acceso Norte, mientras esperamos que el Padre conteste a nuestro timbrazo.

Recién al rato, se abre la puerta y aparece, sentado en su silla de ruedas, enfundado en una sotana arratonada, “seco de carnes y enjuto de rostro” —como pinta Cervantes al Caballero de la Mancha— con los brazos en alto, como irguiéndose por encima de sus piernas adormecidas y echando resplandores por los ojos ante la llegada de dos interlocutores, uno, antiguo amigo, el otro, un ensayista que le ha enviado un libro, días atrás, a modo de presentación.

Nos introduce, entonces, hasta un modesto comedor donde nos acomodamos los tres. Pero habitan allí otros inquietantes personajes que compartirán nuestra plática: desde un busto, colocado sobre un mármol, nos llega la mirada cuestionadora de Eva Perón, desde la pared del costado nos convoca a la crítica un cuadro de Carlos Marx, ostentando su frente clara y su barba tumultuosa y más allá, por detrás nuestro, asoma, desde un óleo, la expresión irónica y amenazante del “Che” Guevara.

La agudeza del Padre capta mi sorpresa y se considera obligado a una explicación:

- A usted no le llama la atención, ¿verdad? Pero, fíjese, lo que me ha ocurrido. El mes pasado, la señora que viene a hacerme la limpieza, me pidió que le prestase la casa para festejar el bautismo de su nieta. Vinieron todos los familiares y amigos. ¡Muy lindo! Esas fiestas alegres, de gente de pueblo, ¿sabe?, gente que puede vivir sus pequeñas alegrías, a pesar de tantos dolores y sufrimientos... Tomaron sus buenas copas, cantaron, sacaron fotos... Y resulta que la semana pasada, la señora me cuenta que el padrino había quedado preocupado porque en la foto donde él sostiene a la niñita, en brazos, aparece detrás suyo, la cara del “Che”. ¿Como si fuera un diablo, no? Y se asustaron... Pero yo digo: ¿No tengo derecho a vivir en la compañía de estos revolucionarios?

Y en seguida:

- Un gusto en conocerlo, hijo. Pero le hago una pregunta: ¿Usted cree?

Lo miro fijamente a los ojos, unos ojos claros, límpidos, pero enérgicos, por los

cuales asoma un inteligencia filosa, aguda. Lo miro y me convenzo que hace mucho tiempo que nos conocemos, quizás desde siempre, desde la primera vez que un hombre tuvo sed de justicia. Y le digo quedamente mi verdad:

- No, Padre, no creo.

- *Míre, hijo. Nos vamos a entender. ¡Seguro que nos vamos a entender!. Usted cree que no cree. Yo creo que creo. ¡Pero ni usted ni yo sabemos para qué estamos en este cochino mundo!*

Permanece un momento en silencio, pensativo y luego agrega:

- *Sí, claro, nos vamos a entender porque aunque no sabemos para qué estamos aquí, usted y yo queremos que no haya dolor en el mundo, que sólo impere la alegría. Entonces, ¿cómo no nos vamos a entender?*

La conversación gira hacia la compleja situación política en que estamos inmersos, la claudicación de la dirigencia peronista, la traición a las viejas banderas del cuarenta y cinco. El Padre se indigna, habla con énfasis, se yergue desde su silla de ruedas y apostrofa a quienes han defraudado la confianza popular. Su discurso se torna acusador, implacable. Su brazo delgado se alza vindicador, sus ojos chispean de ira. Por momentos, parece que ese cuerpo enjuto –hueso y sólo hueso- esa decrepitud de los ochenta y tres años, esa impotencia de sus piernas, incluso esa soledad del marginado no sólo por los enemigos sino también por los titulados “amigos”, va a convertirse, por milagro divino, en fabulosa musculatura, en fuerza indetenible, en multitud tumultuosa capaz de arrasar con los grandes poderes imperiales.

- *He visto mucha injusticia y mucho dolor. Y eso me ha indignado. No lo soporto. Por eso, odio.*

- ¿Usted odia, Padre?

- *Pues, claro, hijo. Soy humano. ¿O qué cree usted? Por otra parte es bueno odiar... Usted se levanta a la mañana, temprano, se toma un cafecito y después... odia. Odia, por ejemplo, al Almirante Rojas, al Ingeniero Alsogaray, a Bernardo Neustadt... Y se siente bien, maravillosamente bien. Es como cuando uno tiene una flema en la garganta. ¿Acaso es saludable tragarla? Pues no, escupa, entonces. Un gargajo glorioso tiene el mismo efecto que el odio a los enemigos del pueblo... Sí, todas las mañanas, odio. Después, me pongo a la máquina de escribir y trabajo hasta el mediodía...*

Después de aquel encuentro, muchos atardeceres sabatinos vuelvo a aquella casa de Florida, durante esos años, a conversar con el Padre Hernán Benítez. Así nace una amistad y al calor de ella, estas páginas testimoniales.